



### LA DIVERSIDAD COMO ESTILO DOMINICANO

FRAY FRANCISCO JAVIER CARBALLO FERNÁNDEZ, O.P.

La primera comunidad en La Española practica la vida comunitaria fraterna propia de la Orden, que es un testimonio de convivencia en la diversidad. Siendo personas distintas, su predicación es comunitaria. El estilo dominicano es una realización práctica de unidad en la pluralidad, de convivencia fraterna en la diferencia. Una de las notas más distintivas de la Orden –de la que nos sentimos orgullosos- es haber conservado la unidad en sus casi 800 años, en medio de tantas divisiones sociales y eclesiales. Pues bien, ello se puede deber a que ha colocado **la diversidad en el centro de su espiritualidad** y la ha integrado en un estilo de vida que quiere estar animado “*por un mismo Espíritu*” y dirigido por el debate racional y comunitario de los problemas, es decir, por el diálogo fraterno comunitario. Este es uno de los principales aportes de la vida dominicana para una convivencia en la diversidad.

En nuestro momento cultural suele subrayarse mucho el valor del pluralismo, el derecho a la diferencia y el reconocimiento de las minorías. Pero hoy es igualmente necesario volver a afirmar con idéntica convicción la unidad fundamental que nos vincula como sociedad humana y la fraternidad como reto moral, social y político. Quizá es aún más urgente que nunca encontrar ejemplos y testimonios de formas de vivir la diversidad que contribuyan a afianzar una unidad fraterna y enriquecedora de la humanidad. Además, pertenecemos a una Orden internacional, donde la convivencia de distintas culturas en una misma comunidad ya comienza a ser frecuente entre nosotros. Algunas de nuestras comunidades ya son claramente multiculturales. No es sólo un reto para nuestra convivencia. Es una perspectiva para nuestra misión hoy. Esta misión consistiría en promover comunidades interculturales que se convirtieran, como propone J. B. Metz, en “*células germinales de espléndidos intercambios culturales, que serían hogares primeros para la convivencia de diversos mundos culturales*”. Ni que decir tiene que esta experiencia de vida intercultural sería de gran ayuda para descubrir aspectos importantes y métodos más eficaces para la inculturación de la fe y de la misma vida religiosa.

¿Cómo valorar e integrar igualmente la pluralidad y la unidad? La auténtica unidad viene dada por la forma en que se asume y se integra la pluralidad. Cuando la diversidad no sólo se acepta sino que se recibe como un don positivo, cuando se respeta al otro en su identidad y se acoge con fraternidad y diálogo, entonces estamos ante un modo de vivir e integrar la pluralidad que humaniza y ayuda a ganar en calidad a lo humano. No es la pluralidad o diversidad en sí misma lo que humaniza sino el **modo respetuoso, fraterno y dialogante** como se viva y potencie. La pluralidad y la unidad solo humanizan si llevan adosados los valores de la igualdad, el respeto, la fraternidad y el diálogo.





## Espiritualidad del fraile dominico

En realidad, el pluralismo es la otra cara de la moneda de la unidad, es su condición de posibilidad. Si el don de la unidad ha sido uno de los aspectos más destacados de nuestra Orden, también lo es el de haber integrado la diversidad en el centro de su espiritualidad. Da la impresión que **la Orden ha recibido el don de la unidad integrando de un modo positivo la diversidad**.

Ciertamente, en la Orden se respeta la pluralidad y se vive la riqueza de las diferencias. Solemos decir que no hay dos dominicos iguales. Nuestra formación no se parece para nada a la fabricación en serie de un mismo producto. El fundamento de la unidad de la Orden hay que buscarlo, ante todo, **en el modo de comprender e integrar la inteligencia y el uso de la razón**. Dicho de otro modo, la clave de la unidad en la Orden puede estar en el modo de integrar la racionalidad con la fraternidad y la vida espiritual. La forma de abordar los problemas, la sensibilidad a la verdad de cada cosa, “venga de donde venga”, la valoración del deseo de verdad que se encuentra en todo ser humano, el método de pensamiento que tiene en cuenta las opiniones contrarias, el discernimiento y amor a las fuentes, el recurso a los principios fundamentales para esclarecer las cuestiones disputadas. En definitiva, el diálogo como estructura del pensamiento y camino hacia la verdad -pero sin concesiones ni al maltrato a los demás sin fraternidad, ni al mero acuerdo comunitario sin verdad- es un elemento que ha contribuido decisivamente a que la diversidad esté en el centro de la espiritualidad dominicana y esto haya sido garante de la unidad de la Orden en su historia.

Cuando la racionalidad y la fraternidad se encuentran, mejor aún, cuando se besan, como elementos sustanciales de la vida espiritual, desde ese momento la diversidad no es ya un problema, sino un **don** que se valora y se acoge para el bien común, y como tal se convierte en germen de la comunión fraterna. Del mismo modo, la unidad de la fraternidad y de la racionalidad dialogal se convierte en garantía de la aceptación pacífica y positiva del otro en su diferencia. Por eso, el capítulo general de Roma (2010) afirma: *“Nuestra predicación desde una comunidad fraterna, plural y dialogante debe ser signo sanador en una Iglesia y una sociedad afectadas por constantes divisiones, confrontaciones y polarizaciones”*.

La **libertad** es sustancial en la vida dominicana. Para muchos de nosotros es lo que más nos ha atraído de la Orden. No se ofrece un modelo único de ser dominico previamente establecido para que se asuma en detalle, sino que se señalan las amplias condiciones en las que cada uno construya su propia vocación e identidad personal. Por eso, decía Schillebeeckx que una de las representaciones artísticas que mejor había captado el espíritu de Santo Domingo era la de Matisse. Unas cuantas líneas generales representan su boceto o silueta, como el esqueleto de la vida dominicana, pero Santo Domingo nos ha dado una gran libertad para que cada uno las rellene con un contenido diverso y para que cada uno mueva el esqueleto con su personal gracia. Algunos jóvenes, cuando entran a la Orden, quedan desconcertados: no se les ofrece un modelo de fraile perfectamente delineado, ni se les dice qué deben pensar respecto a todas sus preguntas. Alguno ha quedado ciertamente descolocado al comprobar que no se tenía el mismo horario en todas las comunidades, ni se rezaba igual, ni se tenían las mismas respuestas... La libertad es el único contexto para que las cualidades personales se desarrollen y para que la vocación personal florezca. Uno no puede esperar de una Orden que valora e integra positivamente la diversidad, hasta situarla en su centro espiritual, que se lo dé todo resuelto y le asigne un camino perfectamente planificado. Mucho va a depender, en nuestra trayectoria dominicana, de la propia iniciativa y del propio interés por contribuir al bien común desde las cualidades y aptitudes personales que uno tiene o que pueda llegar a tener. Por ello, la vocación sólo madura cuando uno pasa de considerar lo que la Orden le debe ofrecer a uno, a pensar y actuar buscando lo que uno le puede ofrecer y entregar a la Orden.





## Espiritualidad del fraile dominico

El fundamento último de la libertad individual no es otro que la dignidad del ser humano, hecho a imagen y semejanza de Dios. La tradición cristiana no reduce la libertad a mera ausencia de ataduras u obstáculos (“libertad de”), sino que la entiende en términos de consumación de la propia identidad (“libertad para”). **La persona es tanto más libre cuanto más coincide consigo misma.** Es decir, la verdadera libertad está en realizar la propia vocación. Por ello, la libertad es también una tarea contante que coincide con la responsabilidad, fundamentalmente con la capacidad de responder a la propia vocación.

El modo positivo de integrar la pluralidad también tiene mucho que ver con el que seamos capaces de reconocernos como una “comunidad de iguales”. La pluralidad enriquecedora solo puede fructificar en la igualdad fundamental como hermanos. La **democracia dominicana** custodia el respeto al carácter único de la persona, a su dignidad, y, al mismo tiempo, hace posible ese florecimiento de la diversidad en un mismo proyecto común. La democracia es uno de los elementos más destacados de nuestra espiritualidad. Es más que votar para descubrir la voluntad de la mayoría.

9

Implica también descubrir la voluntad de Dios, que nos habla a través de los demás hermanos. La democracia nos invita a creer en la mayoría como camino para hallar el bien común al que nos conduce la voluntad de Dios. Como escribe Timothy Radcliffe: *“Nuestra tradición de dar a cada hermano voz y voto no es siempre la más eficaz para llegar a las mejores decisiones, pero es un testimonio de los valores evangélicos que ofrecemos a la Iglesia y que la Iglesia necesita ahora más que nunca”*.

Hemos sido creados en diversidad. Esta diversidad refleja la imagen original de Dios. Una pluralidad llamada a la comunión, a la unidad, manifestada en la imagen de la Trinidad. La Iglesia es la imagen y manifestación de la **Trinidad**. La unidad trinitaria no es uniformidad, pues son distintas personas. Ni es una pluralidad yuxtapuesta, ya que no es una federación de tres deidades. Se trata de una pluralidad en comunión de vida, en unidad de amor. Así pues, las diferencias no son separaciones, sino diferentes dones al servicio de una comunidad de amor. Se trata de una visión positiva de las diferencias como riquezas para el bien común. No son riquezas que haya que “soportar”, sino que se reconocen y se admiran, se valoran y se agradecen. No se integra bien la diversidad en un grupo hasta que no se agradecen las diferencias. Nuestro desafío permanente está en valorar más las diferencias como aportes al bien común del que todos participamos.

¿Dónde están los límites de nuestra diversidad? Pues en que las diferencias estén al servicio del **bien común**. Si la diversidad no es beneficiosa para el bien común o no ayuda al mismo, sino que más bien lo entorpece o bloquea, entonces no es una diversidad enriquecedora y positiva. La diversidad debe servir al bien común como los distintos órganos o partes del cuerpo sirven al conjunto de la persona. Cada uno tiene derecho a su propia diferencia personal. Incluso cada uno tiene “derecho” a cultivar su propia manía o su peculiar rareza. ¡En esto todos somos expertos! Pero el límite de la diversidad está en la consecución del bien común. Así interpretó San Pablo la unidad en la pluralidad al hablar de **un mismo cuerpo** con distintos miembros y funciones. Y sobre esta unidad en la pluralidad, o diversidad *“en un mismo Espíritu”*, sentenció: *“Así es también Cristo”* (1 Cor. 12, 12).

FRAY FRANCISCO JAVIER CARBALLO FERNÁNDEZ, O.P.

